

De Miguel a su Mercedes.

Murcia, 18 de septiembre de 1961

Tu bellísima última carta me ha confirmado una sospecha que desde hace tiempo habita mi ser, y es que resultas el espíritu que señorea mi interioridad. Este espíritu no tiene edad ni tiempo, ni se halla condicionado por circunstancia alguna. Es el espíritu de mi juventud, de mi adolescencia y de mi niñez; la razón pura, mejor que la soñara Kant; el amor no intencionado, más grande, modesto y callado que el de don Quijote; la verdad, más inmanente que la pensara Platón; y el sentir inocente y bueno del Mundo, más fatal, inconfigurado y angélico que lo experimentara Mozart. La razón, pues, el amor, la verdad y el sentir inocente del Mundo se revelan en mí cuando hablas y dices. En el futuro yo no debiera escribir ni relatar sino de ti. Porque siendo lo que más amo, eres también lo que más respeto y adoro. Mi existencia resulta caricatura junto a la tuya, y mi ser, puro esbozo del tuyo.

A veces pensarás que mis cartas son como un largo proemio que nunca concluye, y así se evidencian, en efecto, pues desde que comencé a escribirte, ya a Altarejos, ya a Navares, ya a Madrid, ya a Pollensa, no he hecho otra cosa que admirarme de tu persona e intentar cantarla.

¡Cómo no habría de amarte! Sería loco o malvado. Cuando tú no existas, no habrá grande en el Mundo. Todavía parece paradoja que existas, y aun injusticia, *pues tan injusto es la realización del Mal como el advenimiento del Bien a un Universo absolutamente estúpido*. Según esto, en la Historia hay tres grandes injusticias: la venida de Cristo, la venida de Mozart y tu venida. Cristo es la sangre derramada del inocente para beneficio de sacerdotes; Mozart, el niño que nada tiene que hacer aquí abajo; y tú, el amor *indecible* y la razón y su fruición. Quisiera ser tu Mozart, amada mía, porque no olvido que así me llamaste un día. Pero no puedo contentarme con intentarlo en la obra; quiero realizarlo en la vida, logrando para tu persona la felicidad que su inocencia merece. Si lo alcanzara, no habría fracaso posible para mí. El fracaso verdadero consistiría en no realizarlo.

Conozco la génesis de mi afán por escribir y pensar. Mi capacidad de concebir y combinar era superior a los objetos ofrecidos por los oficios que se ejercen en la vida corriente, y por eso hube de entregarme a reflexionar y escribir fatalmente, porque en

esta dedicación encontraba objetos apropiados al desarrollo de mi esfuerzo. Mas ha sucedido que, habiéndote hallado, he descubierto un objeto todavía más alto que toda dedicación reflexiva, y es la *persona*... Realmente digo que, antes de conocerte, yo no había descubierto *a la persona*, y te confieso que, así encarnada en ti, la persona, como bien dice Max Scheler, es el más alto valor, inmediatamente seguido del arte.

Resulta ético dejar el arte cuando se ha hallado un ser como tú, a quien amar y servir. Consiente que ahora te narre algunas noticias: Estoy esperando respuesta de Fraga y P. del Olmo. El primero se encuentra en Bélgica. Supongo que cuando esta carta se halle en tus manos, sabré en concreto. He de irme a Madrid y no volver a Murcia. Quisiera encontrarte allí a mi llegada. Tal vez arribe yo unos días antes que tú. Tu presencia descargará mi cansancio.

¿Qué será de nosotros este invierno?

Tenme contigo:

Miguel

De Miguel a su Mercedes. Murcia, 18 de septiembre de 1961